

pues averiguado que quieres, me has de decir á quién.

—Es verdad que quiero bien. Mas ¿han de publicar los labios lo mismo que están diciendo los ojos? Y si tú, ¡ay! no me entiendes; prefiero, Luisa, callar: que espero bien poca dicha cuando es tanta mi desdicha que no se entiende mi amor. Si revelara mi pasión, hubiera en mí dos culpas, fuera el decirlo la primera; y la segunda el decirlo á tí.

—Mala traza te das para vivir en estos tiempos, en que es propio del galán no solo decir su amor, sino decir el que no tiene.

—Si tú me nombraras...

—¿Es por ventura Consuelo, la hermosa reina castellana...?

—Poco, en verdad, es para mi mal ese consuelo.

—¿Es su prima Dolores?

—No me daña tal dolor.

—¿Salud?

—No es bastante á curar mi corazón.

—¡Ah! ya caigo, es Amelia, si Amelia.

—No la amo. Te lo juro por el cielo. Y ya que ni estenderme quieres, solo tú, Lucia, eres mi dulce, mi eterno amor.

Aquellas palabras, mal de mi grado, me electrizaron, y á su compás, me iba acercando como atraída por una fuerza magnética desde el sauce á la fuente, con los ojos desecados, pálido el semblante, trémula, sosteniéndome con ambas manos la cabeza pronta á estallar á impulsos de cruel dolor, y al concluir aquella frase verdadera sentencia de mi muerte, caí de rodillas entre ambas, lanzando una de esos lastimeros quejidos que solo puede inspirar la desesperación.

—¡Amelia! exclamó Lucia. ¿Te has vuelto loca? y se bajó para sostener en su seno mi cabeza, mientras Alberto se dirigía á la fuente á recoger en la palma de la mano un poco de agua para rociarme el rostro. Recogióla, en efecto, pero al inclinarse para aliviarme, me incorporé súbitamente como si hubiese visto en sueños negro espectro.

—¿Qué te sucede, Amelia? dijo Lucia.

—Nada, nada... Si pudiera llorar...

—Llora, llora en mi regazo, exclamó mi prima abrazándome tiernamente. Alberto estaba indiferente, contemplándose como Narciso, en el cristal de las aguas.

—Quisiera estar un instante sola.

—No, no, dijo Lucia, pudieras ponerte mala. No lo consiento.

En este intervalo torné á dominarme, y dirigiéndome á mi primo comencé á hablarle de esta suerte. Es de notar que jamás había revelado mi pasión á Luisa. Esta, poco observadora achacó mi tristeza á la desgracia de haber perdido el favor de mi tía. Además, la indiferencia de Alberto no podía dar ocasión á sospecha de ningún género. Así le hablé.

—Es tu amor como un divertido poema. Tu corazón es, como Dios, infinito. El mundo entero cabe en su espacio. Lástima grande que no halles quien te comprenda. Como se extasiaría la mujer que leyese...

—Tienes razón la mujer amada que leyese en mis ojos, lo que guardaba mi corazón, sería bien cruel si me desdénaba... y miraba extático á Lucia.

El dolor me partía el pecho.

—Amale, Lucia, Amale; que te guarda virgen un corazón que no ha amado y te dirán «te adoro con amor;» labios que jamás han mentido.

Alberto se desesperaba. Furioso me miraba, y si en aquel punto, hubiera podido confundirme, no dudara en hacerlo así, ni un solo instante.

—Pláceme tus recomendaciones, Amelia. Pero, ó me engaño, ó según de tu acento colijo, es muy dado nuestro buen primo á prestar tributo de adoración á las mujeres.

—Es cierto, dijo él, es muy cierto. Amo á tu sexo, pero en una sola mujer que es dulce como el cáliz

de las flores, pura como la gota de rocío, amante como la luna, inocente cual la paloma, y como las estrellas hermosas.

Lucia lanzó una carejada al oír aquellos arrebatos poéticos, yo miré á mi primo como mira el juez al acusado, y mi prima que no había podido aun dar treguas á la risa que le asaltara, toméme de la mano, y maquinalmente nos dimos á correr dejando solo á Alberto al lado de la fuente, maldiciendo su malhadada estrella.

## CXXIII.

Alberto no deseaba amor, deseaba oro. Su corazón perdido para la virtud no conocía otra vida que la ambición. Así se explica la pasión que siempre me minió, así se explica el amor que súbito se apoderó de su pecho al ver á Luisa. Entonces convencida de esto, no pude aborrecerle. Amábale á despecho de mi voluntad. Me puse á reflexionar, é hice las siguientes preguntas á mi corazón. ¿Le amas por tí, ó le amas por él? Por él, me contestó. ¿Es egoísmo ó abnegación tu cariño? Abnegación. ¿Debes buscar tu felicidad ó la suya? La suya. ¿En qué consiste para él la felicidad? En el oro. ¿Debes sacrificar tu corazón, para dar la felicidad al ser que adoras? Si, me contestó sin vacilar mi corazón. Ni el dolor, ni el martirio, ni la desesperación ni la muerte, me arredrarán para darle esa felicidad que ansioso busca. Dándole la ventura que ambiciona quizá le doy decias un remordimiento. ¡Y qué placer verle feliz y contento aunque me olvide!

Antes de tomar esta suprema resolución, dudé, padecí, vacilé, pero despues enjuagué mis lágrimas, puse la mano sobre mi corazón, aconsejándole imperiosa que no osara rebelarse contra mis mandatos, sacudí mi cabeza como si pretendiera de esta suerte arrojar en el olvido mis ideas y mis ensueños, y sonriéndome, como debían sonreír los mártires desde la hoguera del martirio, encamineme con seguro paso á la habitación de Lucia para dar principio á mi sublime obra. Perdonadme, si de tal me atrevo á calificarla, porque acaso no alcanceis á comprender cuan inmenso es el dolor en el corazón de la mujer que no ha nacido para dominar tan crueles tormentos; pues su corazón fue creado para el amor, para derramar la felicidad en el alma del hombre, para dorar con místicos reflejos el secreto santuario del hogar doméstico, al desposeerse del amor, se desposee de la esperanza que es la vida, y se condena á vivir eternamente sola, desamparada, á no ver en el mundo ni un ser que la compadezca, ni un lazo que la una á la sociedad, ni siquiera un amigo que vierta una lágrima sobre su tumba, lágrima que despues de la muerte sube mezclada con el puro aroma de la oración hasta el mismo trono de Dios. Así mientras mas me acercaba al cuarto de mi prima, mas crecía mi angustia y mis ojos al través de los vidrios de la galería, veían el campo como una flor marchita, los cielos como un cuadro sin colores, y al volver la atención hacia mi misma, oía tan solo hervir en el fondo de mi corazón negros y horribles dolores, cuya intensidad me consolaba, dándome la esperanza de pronta y segura muerte, único asilo que distinguía entre el deshecho huracán que arrebatava en sus alas todas mis queridas ilusiones.

Entré por fin en su aposento. Recibíome con su natural amabilidad, preguntándome solicita la causa de mi amarga tristeza.

—Estoy mas contenta, le dije.

—¡Oh! Cuanto me alegro.

—Esa tristeza es un fantasma que ha huido.

—Si si. Hablemos pues de otra cosa. ¿Qué te parece de nuestro primo Alberto?

—La misma pregunta, querida prima iba yo ha dirigirte. No porque te hayas anticipado te excusas de contestarme ¿Qué te parece Alberto?

Lucia se ruborizó ligeramente.

—Mucho me calla tu corazón, pero mucho me dice tu rubor.

—No seas así. Duéleme que tan....

—No, Alberto merece tu amor. Dije yo, y el inmenso dolor que tal palabra produjo en mi corazón, privóme por un instante hasta de la vista.

—¿Qué tienes que así palideces?

—Nada, nada.

Y me hubiera en aquel punto sacado del pecho el corazón á pedazos.

—En fin, Amelia, pesa sobre mi conciencia un remordimiento, un secreto y voy á confártelo. Perdona si antes no lo dije como cumplía al cariño que te profeso. A pesar de lo mucho que de Alberto me he reído, conozco que le amo....

Y bajó los ojos ruborizada y confusa.

—Si, amale, dije cobrando aliento. Es de tu amor bien digno.

Sin embargo de mi propósito estas palabras helábanse en mis labios, no ya por celos, sino por remordimientos: que á decir verdad, no era digno en mi sentir del amor de ninguna mujer. Pero fiel al desvariado pensamiento, que me inspiraba mi desatentada locura, rogué, forcé, insistí tanto que al fin, preparada Lucia cediendo á su voluntad, y á mis consejos pronunció el deseado sí, que colmó los deseos de Alberto.

## CXXIV.

«Era una tarde de otoño. Espesas nubes manchaban el espejo de los cielos. Un frio y fuerte viento movía con estruendoso ruido las desnudas ramas de los árboles, que mentían lastimeros quejidos. El mar, azotado por el viento se encrespaba, y de su inmenso seno salían espantosos rugidos, cual si el furor le poseyese, y se aprestase á combatir con los alborotados elementos. Los pájaros, presintiendo con su maravilloso instinto el furor de la tormenta próxima á estallar sobre la dormida tierra, buscaban solícitos seguras guaridas que les librasen de la muerte, acompañando con melancólico piar el duelo general de la naturaleza. Sin duda unas mismas leyes rigen la naturaleza y el espíritu, sin duda el pensamiento es un ser y un pensamiento son los seres; tal vez esas formas que nos seducen con su hermosura, son fantásticas líneas trazadas por nuestra mente, ó tal vez estas ideas que por puras nos seducen, serán torres de electricidad, fenómenos de la materia.»

«Mi pluma me ha llevado á do esquivaba ir mi torpe inteligencia. Descártome de todos estos pensamientos que osados me saltan y tenaces me persiguen, y doime á historiar las desgracias de Amelia tal cual las oí de sus labios.»

«Decía que era una tarde tempestuosa de otoño. Mi alma presa del dolor, tormenta horrible, no se daba descanso ni se permitía desahogo, pero gozándose en todo aquello que tenía relaciones con mi febril estado, anhelaba por tomar parte en la lucha que las fuerzas recónditas de la creación habían empeñado, tal vez contra algun poderoso y desconocido enemigo. ¿Y qué mayor enemigo que el límite que encadena á todos los seres, y del cual todos tienden á escaparse como el gilguero de la jaula que le aprisiona?»

Llevada de mi deseo, salí al campo sola, cuidándome bien poco de los peligros, á que me exponía, y pareciéndome aun demasiado clemente el huracán que rugía.

Al salir me proximé á un despeñadero, donde

próximo abismo parecía solicitarme con el viento, que en forma de pequeña tromba salía de su pavoroso seno. Mi muerte era inminente, faltábanme las fuerzas, y el viento me arrastraba sin que yo misma lo sintiese y á pesar de que el instinto me aconsejaba, ora asir fuertemente un espino que hería mis manos, bañándolas con sangre, ora agarrarme desesperada á las piedras, que cedían á mi esfuerzo, lastimándome impiamente: en aquel horrible, desesperado combate no había otro fin seguro mas que el abismo abierto como la insondable eternidad á mis plantas.

En lo mas apurado de mi amargo trance oí una voz, que hirió en son de dulcísima esperanza mis oídos. Era la voz de Alberto, que corría precipitado á salvarme. Al verle acercarse grité con toda la fuerza que consentía mi pecho.

—De tí no quiero, ni la vida.

Y me dejé arrastrar del viento, perdiendo instantáneamente el sentido.

## CXXV.

Al despertar de aquel horrible sueño; me hallé en mi lecho, dolorida, lleno el rostro de amoratados cardenales, y lastimados los brazos de heridas. Solo un milagro del cielo pudo salvarme. A orillas del abismo me contuvo un árbol, ofreciéndome en las ramas, que á sus pies yacían, segunda cuna pues que allí nació por mi mal segunda vez á la vida.

Alberto solo velaba mi sueño.

—Aparta... Aparta... No me atormentes.

—Amelia. Sosiégate.

—A tu lado, jamás. Huye de mí, y me incorporé en mi lecho.

—Te amo.

—¡Oh! no me insultes.

—Te amo; pero la vida...

—Te ha forzado á desdeñar mi amor.

—Quizá no sepas que pesa sobre mí como una maldición un juramento.

—¿Pues no me juraste á mí tambien amor?

—Débote amor, mas antes lo debo á la humanidad.

—Déjame, Alberto, tus palabras han trastornado mis sentidos. Déjame.

—Bien. Lo haré así. Pero sabe que hay en mi corazón un altar consagrado á tu memoria. Sabe, que al sacrificar te, he ahogado mi vida. Sabe que te he ofrecido en holocausto á una idea mas alta que nuestro amor, á una idea mas esplendorosa que nuestra felicidad. Jamás viste en el fondo de mi ser el secreto que guardo, jamás alcanzaste á comprender que el hombre tiene un destino mas alto que la mujer. Ama tú al hombre, á Alberto, prodígale tus caricias, cual te plazca, duélete de sus inconsecuencias, lleva en tu abandono amargos engaños; pero ten por cierto que aquí en el cielo de mi conciencia resplandece con varios colores una idea salvadora, á la cual debo sacrificar mi vida, mi honra, mi corazón, y que esa idea, pobre Amelia, necesita para triunfar de los manes de tu amor. Si hubiera nacido en otros siglos, si señor de poderosos castillos hubiera creído que todo el mundo me debía tributo de adoración; encerrado en mis almenas contigo, mi vivienda fuera hermoso paraíso; pero hoy debemos nuestro corazón al pueblo, nuestra cabeza á la revolución.

Y salió llamando á Luisa, para que viniera á prestarme su asistencia. No pude entender su pensamiento. Desde luego deduje que aquellas eran vanas palabras arrojadas al viento por su afán de aparecer siempre misterioso.

## CXXVI.

Esperóse mi restablecimiento para celebrar la boda de Alberto, y Lucia. Todo en el castillo reboaba plá-

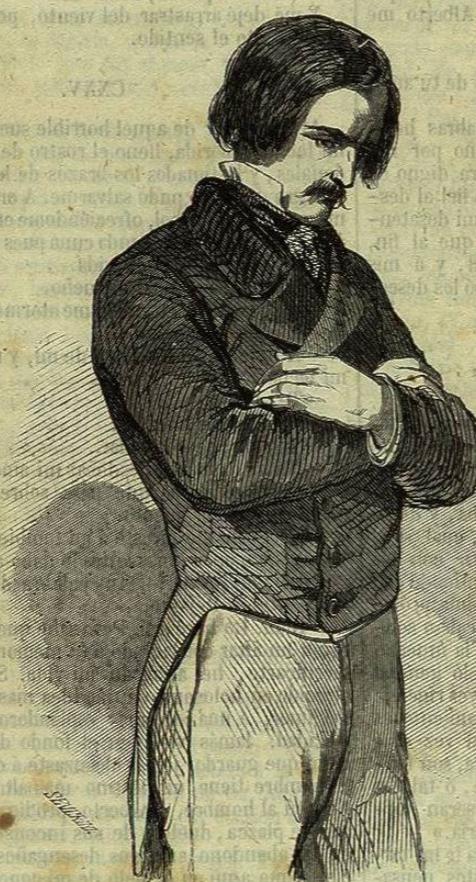
cida y general alegría. Mi tia estaba como loca al considerar aquel fausto suceso. La familia se habia reunido para celebrar cual cumplia á su grandeza la sin par felicidad de los amantes. En cuanto á mi el deber me habia dado ya una segunda naturaleza.

Era algo mas que negra melancolia mi tristeza: Nada me llamaba la atencion. Nada sonreia á un corazon de diez y nueve años: En el vestibulo de la vida, la desgracia con su helado soplo, deshojó la flor de mi imaginacion. En el mundo nada me prometia solaz. Solo en el cielo ponía mis esperanzas. Una suerte de sereno misticismo que poco á poco fue apoderándose de mi alma era para mí como una de esas es-

pléndidas estrellas, que trémulas aparecen entre los nubarrones apiñados por la tempestad.

Cuánto consuelo me dió entonces mi fe; mi sentimiento religioso, nunca en mi pecho apagado no sabré decirlo; que harlo alcanzareis á distinguirlo, viendo que á pesar de ser mis penas superiores á todo encarecimiento hoy gozo de una vida mas amarga que la misma muerte.

Estaba aquel dia Lucia graciosísima. A pesar de su color, habia con tal gracia y exquisita gusto combinado los de su prendido que resaltaban por extremo sus naturales dotes aumentadas con el brillante reflejo, que suele dar al rostro la sincera alegría. Las



Alberto.

armonías de la música que llevaban á todos los corazones plácido contento, me atormentaban, cual si fueran ahullidos del infierno:

Alberto me miraba. Parecia indicarme que su amor no se habia apagado. Sus miradas levantaban en mi corazon las tormentosas olas de mi recuerdo. Era tanta mi pena que no podia respirar, partiase mi corazon, un calor semejante á la fiebre me consumia, me devoraba y temblaba como si estuviese en tortura. Los esfuerzos hechos para ocultar mi mal, me habian quebrantado, lastimando mi salud, ennegreciendo mi carácter. En aquella noche, colmada la copa

de mis sufrimientos, reposando hiel mi corazon, arastrábame una fuerza superior á mi voluntad hácia la capilla donde á la faz de Dios clavaba Alberto un puñal en mi pecho, y me llevaba el destino al baile, donde veia celebrar con trasportes de júbilo mi muerte. Pero mi martirio no puede pintarse. Para no hacer traicion á mis sentimientos, detenía las lágrimas que pugnaban por asomar á los ojos, ahogaba los suspiros que tenaces huían á mi despecho del corazon; ostentaba plácida sonrisa en los labios, plácida serenidad en la frente, cuando el fuego de los zelos me abrasaba sin cesar y la idea de mi perdida dicha consumía mi cerebro.



ALBERTO DECLARA SU AMOR A AMELIA.

¡Qué noche! No quiero recordarla. Mientras concluido el baile, todos reposaban en el castillo; yo paseando de un lado á otro de la estancia, sollozaba como desesperada, hería mi frente golpeándola cual si fuese culpable de mi desgracia y me doblaba bajo el látigo del dolor que no asesinaba: noche cuyo recuerdo pone en mi ánimo negro espanto y solo asemejarse pueden á las penas de los condenados en el infierno. Así los días se sucedían á los días, sin que consuelo alguno viniera á enjugar mis lágrimas, las noches á las noches, sin que el sueño diera treguas á mis penas siempre crecientes; que no me daban ni punto de reposo, ni esperanza de llegar al alivio: tal impresión hizo en mi alma el desamor de Alberto.

En esto, varios sucesos tristísimos vinieron á dar nueva faz á mi vida; para emponzoñarla con ponzoña mas amarga si hubiera posible amargura mas acerba. Alberto á todas horas, todos los días andaba en misterios incomprensibles; ya trazando mágicos signos en papeles que aparecían luego en blanco, merced á maravillosos reactivos, ya entreteniéndose en escavaciones, que á nada conducían, y en las cuales gastaba enormes sumas; ya abandonando por muchos días el castillo á do solía volver á media noche vestido con rarísimos trajes, unas veces desalentado, otras alegre hasta rayar en delirante, y siempre murmurando palabras para todos incomprensibles.

Yo acompañaba en su dolor á mi prima, cuyo buen corazón padecía mucho con tales desvarios, que la traían siempre desazonada y llorosa. Padecía yo tambien por Luisa, cuyo dolor me acongojaba y por Alberto, cuya manera de vivir era ocasionada á mil peligros. Sacrificando en aras de su felicidad mi dolor dábales consejos, ponía todo cuanto empeño era posible en dirimir sus contiendas, no muy escasas y no poco tormentosas, y era mi solicitud muchas veces parte á evitar grandes disgustos.

Una noche el trastorno fue general en el castillo. Mi tía, á quien el casamiento de Luisa, y mi criminal indiferencia habían ocasionado gravísimas é imponderables penas no cesó ni un día siquiera de censurar ágridamente la conducta del esposo, el desamor, que seguramente manifestaba Lucia, y contra su natural suyo de franco, les reservaba una terrible venganza. Denadie fue conocida esta trama hasta el instante supremo. Entrada en años, achacosa, falta de vigor y sobrada de penas, un fulminante accidente apoplético dió con ella en la tumba. Aquella noche el espanto había sido general en el castillo. Pusieronse todos los medios posibles para salvarla; pero ninguno fue bastante á libertarla de la muerte. Espiró, y aunque no fue en vida muy querida por el modo un tanto brusco que tenia de prodigar favores y conceder á la desgracia alivio, fue llorosa en muerte, que borra todos los malos recuerdos, como si la virtud solo sobreviviese al cuerpo.

Lucia la lloró amargamente; yo sollicitada al dolor por mi propia naturaleza, encontré ocasion de tributar lágrimas á todas mis penas en aquella amarga pena; Alberto no dejó de conmeverse aunque andaba muy distraído con sus fantásticos é indescriptibles proyectos.

Llegó despues del duelo la hora de leerse el testamento, en presencia del consejo de familia, testamento que todos dábamos por leído, pues nadie podía dudar que Lucia era la única heredera y como á tal todas las llaves del castillo se le habían entregado.

Mas ¡oh sorpresa! mi tía me señalaba á mi, solo á mi, heredera universal de todos sus bienes.

Confieso que en aquel instante un arrebató de súbita venganza me cegó; y despues de leído el testamento, con asombro de todos, con espanto de Alberto, me levanté arrogante, y dirigiéndome á mi primo le dije con aire desdeñoso, y ademan altivo.

—¡Querido primo! Vuestra posición no cambiará, por ser yo dueña en esta casa.

No me contestó, rechinó los dientes, puso los ojos en blanco y salió del salon, sin pronunciar una palabra.

Aquella inesperada nueva llenó su pecho de amargura.

Yo lo conocí así, é inmediatamente quise donarle todos mis bienes. Sin embargo, en el intervalo había desaparecido dejando escrita esta sentida carta.

Querida Amelia: Te amaba, pero amaba mas á mi idea. El deseo de consagrar el patrimonio de nuestra patria á la regeneración del pueblo me había forzado á tributarte mi amor, primero por cálculo, pero despues por sentimiento.

Mas tarde vi que ese inmenso objeto de mis constantes deseos, que esos inmensos caudales no podían consagrarse á la revolución, sino sacrificándote en aras de Lucia, y lo hice sin vacilar; porque mi idea es mi vida. No me culpes. La culpa es de aquesta maldita sociedad, en que vivimos, sociedad que no admite, que no consiente las ideas mas levantadas, sino á costa de oro y sangre. No puedo darles ya mi oro; pero les daré mi sangre. Adios, Amelia, compadéceme; porque tambien soy muy desgraciado.

ALBERTO.

Despues ponía en una posdata.

Luisa: Confía en Dios, y espera en la eternidad.

ALBERTO.

La humanidad era su pasión. El 2 de diciembre, al cual queria oponerse con todas sus fuerzas, le asesinó en el Boulevard de Mormatre.

—Segun eso, Amelia, no es Alberto tal como le habeis pintado.

—Seguramente. Os hice aquella pintura; porque así aparecía en su vida. Su muerte, solo, vino á darle razon.

Alberto tenia elevados sentimientos y los ocultaba; grandes pasiones, y las tenia en poco; profundas miras y jamás osaba manifestarlas; amor á la humanidad y lo oscurecía con el misterio. Hizo grandes sacrificios, y jamás los estimó dignos de ser honrados con lástimas, ni regados con lágrimas; antes que sacrificios fueron para él deberes. Solo una vez se quejó de mi injusticia. Jamás volví á descubrir en él miras elevadas. Pasó su vida en conspiraciones por la libertad de su patria, y murió en el campo de batalla, escupiendo contento la sangre de sus heridas á la frente del déspota sañudo, que se gozó en la humillación de la Francia.

Si, tenia razon. Jamás le comprendió. Tal es la historia de Amelia.

CXXVII.

Continúan las memorias.

«El aire de los salones me ahoga. No puedo allí respirar. Amo la libertad, y no se halla en ese recinto mas que la esclavitud del buen tono. Me despediré de ellos, sin dejar un recuerdo de mí. Si todos acordaran que un joven triste siempre en medio de la general alegría, jamás osaba convertir los ojos á ninguna mujer, ni dirigir la palabra á ningun hombre; perdido á guisa de loco en su propio pensamiento. Hoy me parece que por fin va á empezar para mi nueva vida. Voy á ver á María, Eusebio, á quien he arrancado el secreto de su vivienda, que cuidadoso me ocultaba, señalaréme ese cielo, donde al fin concluirán todas mis penas. María: tiemblo como un niño, al presentarme ante tí, tiemblo de dolor y de esperanza. ¡Oh! ¡Cómo se agita mi corazón, cómo se ensancha mi pecho!....

## CXXXVIII.

Aquí dejamos de transcribir las memorias, y seguimos el cortado hilo de nuestra narración.

Era una tarde del mes de mayo. María, vestida de luto, llorosa, se entretenía en arreglar sus flores, que cuidadosamente cultivaba; entretejiendo en la ventana una como cortina de jazmines, cuyo espeso follaje apenas dejaba paso á los ardientes rayos del sol, que tenían con luminosos resplandores la hermosa frente de la hermosa joven cual si quisieran competir con sus dorados cabellos. Vivía sola en el mundo. Su padre acababa de morir bajo el peso de sus inmensos dolores. Antonio entregado siempre á su trabajo, no reposaba ni un instante en casa, contentándose con dejarle todos los días el jornal á María, con cuyo auxilio, y el producto de sus labores gozaba esta de esa mediana, que tiene algo de feliz, á pesar de los apuros, que suele llevar consigo. Su padre le había ordenado que, pasado un mes despues de su muerte, leyese un papel, que le dejaba en un cajoncito, puesto á la cabecera de la cama.

María, fiel guardadora de los preceptos de su padre, se dirigió, suspirando en la tarde, que mentamos, y á la hora misma, en que se cumplía el plazo hácia el rincon, do estaba colgado el cajoncito, y cogiéndolo, sin dejar un instante de verter amargas lágrimas, leyó lo siguiente:

»María: Una joven como tú, no puede vivir sola en el mundo, sin exponerse á perder su honra, única herencia, que te han dejado tus padres. No tienes parientes, que te recojan, ni amigas que te acompañen, y aunque las tuvieras, no es bien nunca habitar agena vivienda. La soledad, en que te quedas, muerto yo y roto el juramento, que te ligaba á tu esposo; te fuerza á meditar con madurez cuanto conviene evitar al mundo ocasion de murmuraciones, que no por infundadas suelen ser poco acogidas.

»¿Además qué te prometes de un mundo, donde solo alcanza señalado favor la riqueza, que eclipsa con el brillo del oro las humanas debilidades, y donde la virtud pobre está expuesta á tales asechanzas y peligros, que no quiero encarecertelos; porque tu penetración, ó tu instinto será bastante á comprender los abismos que te cercan, los males que te amagan?

»Desde el fondo del sepulcro, que la muerte nunca rompe los lazos anudados por la virtud, tu pobre padre, que muere con dolor vivísimo, por dejarte, y que si le fuera posible, te arrastraría consigo á la eternidad, convencido de que no naciste para vivir en este mundo, opuesto á tu carácter; tu pobre padre te habla, seguro siempre de que atenderás á su voz, que aun resonará como aviso del cielo en tus oídos.

María besó con efusion el papel, empapándolo con ardientes lágrimas, que brotaban purísimas del fondo de su herido corazón.

«No des por mas tiempo ocasion á las maldicientes, ni esperanzas á los audaces; pues aquellos no alcanzan á comprender cómo una joven hermosa puede vivir, sin caer en el vicio, ni estos se persuaden á respetar la virtud desvalida, entregada á la pureza de su conciencia, y al patrimonio de Dios.

»En tu triste situación has menester de un hombre que sea tu escudo; de un hombre que honrado y bueno merezca tu amor y sea digno de protegerte; de un hombre que dulcifique tus penas, amándote con ese amor, sin el cual no es dado vivir á nuestra pobre naturaleza.

»María: si tu corazón no se opone con tenaz resistencia á ello, da tu mano al pobre Antonio. Amoroso, te servirá de égida contra el mundo; fiel, será tu

mejor apoyo; constante, no faltará á sus juramentos; virtuoso, comprenderá tu corazón; dado siempre al trabajo, aliviará tus penas, y será parte á remediar la triste horfandad en que te deja tu desgraciado padre.

»En estos días en que siento acercarse á mí con callado paso la muerte; en que veo cernerse sobre mi vida la eternidad; cúpleme pedirte perdon del triste caso que trajo sobre tu frente mi amor, y aconsejarte que si tu corazón prefiere la libertad ó ama á otro hombre, acuerde, trayendo á las mientes mi memoria, cuan leve es el soplo de la existencia, como es triste pensar que siempre corremos tras la dicha sin dar con ella jamás, y cuanto de grande y verdadero encierra el presentimiento de que solo allende la muerte corre abundante la verdadera fuente de la eterna vida, y del eterno amor.

No te importe que no tenga nombre que dar á sus hijos, pues no por el nombre, sino por la virtud se hace digno del aprecio de las gentes el buen ciudadano. María: estima como gustes los consejos de tu padre, libre ya de su tutela, tuyas son tus acciones, y tuyos con mayor razon, tus sentimientos, sobre los cuales jamás pretendí tener el dominio que da la fuerza, sino el influjo que da la persuasión; y si por inútiles ó perjudiciales los desoyeras, dedícame al menos una lágrima, que, cayendo sobre mi helado cuerpo, lo hará revivir de puro contento, ó levanta del fondo de tu alma una oración por mí que regocijará en el seno de Dios el alma de tu padre.»

## CXXXIX.

María dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Aquel era el testamento de su padre.

No debía decirlo. Sus razones eran valederas, sus consejos fundados. No podía vivir sola, no podía desahirse de Antonio, y su honor tampoco consentía que sus relaciones con este, aunque de suyo purísimas, fuesen íntimas. ¿Ernesto? pensaba para sí María. Ese sentimiento era su alma; pero Ernesto, á quien suponía casado con Eugenia, no podía ya con ella unirse, ni se acordaba de su nombre. ¡Empuños de la casualidad! Mientras Ernesto suspiraba por María, sin saber de ella nueva cierta, esforzándose vanamente por estrecharla contra su corazón y darle en holocausto su amor. María dudaba en dar su mano á un hombre, á quien no amaba, sino como ama el hermano al hermano, el amigo al amigo.

Cuando María estaba dada á sus reflexiones, fija la vista en aquellas letas trazadas por una mano temblona, dictadas por una inteligencia pronta á lanzar su postrer destello, entró Antonio, meditabundo y silencioso como siempre.

—¡Antonio! Lee, díjole María.

Antonio leyó anhelante la carta, y despues de interrogar con la vista á María, exclamó.

—Tú no me amas.

—Si, si. Te amo como puedo amar en la tierra.

Antonio cayó, al peso del contento, de rodillas, cubriéndose con ambas manos el rostro.

## CXXX.

En aquellos días escribía lo siguiente Ernesto en sus memorias.

María: En vano te busco. Tú debes ser la felicidad, cuando así te ocultas á mis ojos. En tu frente vería renacer los santos días de plácida ventura, que ahuyentó el tiempo con sus negras alas. Tu aliento sería para mí como el aura santísima de las puras

playas de mi patria, tu palabra como nuncio de mi eterna ventura.

Morir sin verte, sin decir lo que oculto en mi pecho, sin pintarte el amor que me devora, es un castigo digno del hombre, que, por un momento, creyó hallar lejos de tí la felicidad en la tierra. ¡Oh! María, vuelve á posarte en mi corazón. Torna á ser mi guía. Enseñame á orar. Desde que te apartase de mí el fuego del amor divino se apagó en mi seno. En vano me lamento desde el fondo de mis dolores, buscándote anhelante; en vano te llamo al nacer el día, al hundirse el sol en occidente, en vano. Dios te ha ocultado para mí mal, y el destino se levanta entre ambos abriendo á nuestros piés un abismo.

## CXXXI.

Ernesto, desengañado del mundo, sin haber logrado jamás saber nueva cierta de María, colgó su lira del olvido, y devorado por una horrible tristeza, volvió á buscar la felicidad, donde creyó que la felicidad no se albergaba, en los campos de su patria. La desesperacion le consumía.

No había logrado ver á María. Esperaba divisar su sombra en los patrios campos.

## CXXXII.

Ernesto, que buscaba con insaciable ansiedad el bien y el amor, llegó á caer en la servidumbre de la duda y del desengaño. Nada encontró en los dorados salones, nada que fuese bastante á calmar sus penas. Buscaba el olvido, narcótico que solo se paga con la vida. El poder del mal es de suyo limitado, y el dolor se estrella tambien contra esta nuestra débil naturaleza, tan varia en sus deseos como misteriosa en sus pasiones. La pasión del amor fue poco á poco apagándose en su pecho. En el mar sin riberas de su conciencia se levantaba, á despecho de su propio arbitrio, la idea de la humanidad, y en el santuario de su corazón lucía el amor por tan santa causa. ¿Qué son todas las pasiones, sino tempestuosos huracanes, que mat de nuestro grado juegan con la vida? Logró adormecer sus memorias, y paró mientes en que la sacra lumbrera del espíritu encendida por el soplo de Dios en la mente, es como fuego fatuo sino se alimenta con el amor al hombre, si no ilumina el progreso, germen do se oculta la felicidad de las naciones como en la semilla que arrastra el aura, se oculta la encina que resiste al furor de las tempestades y á los embates del tiempo. Ningun amor hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia del amor á la patria, como ninguna pérdida hay tan grande que el varon de ánimo fuerte no deba escoger antes que caer en la indiferencia por el bien público.

Ernesto sacudió sus aspiraciones á la felicidad, como si despertara de largo y dulce sueño; convino consigo mismo en que la desgracia tiene misteriosos atractivos y el dolor largos premios, pues suele ser poderoso ó á levantarnos del lodo de la materia, y á cenir á nuestras sienas la aureola de la virtud; y ahogando sus memorias, como hemos dicho, puso su deseo en redimir al pueblo que tras largos siglos de oprobiosa y dura servidumbre se alza en alas de la libertad á conquistar una esplendente corona, cuyos diamantes son las ideas de todos los filósofos desde Platon hasta Hegel.

Triste empresa, por cierto, acometió, sin mas escudo que su inocencia, sin mas armas que su palabra, sin mas auxilio que sus virtudes; sin mas esperanza que el martirio. ¡El martirio! ¿Qué significa esa palabra? Nada. El verdadero martirio es el olvido de los

hombres, el pasar por la tierra sin dejar ni un rastro de luz en el espacio, ni un santo recuerdo en la historia.

## CXXXIII.

Nos hemos olvidado de Eugenia. En su jardín, á la luz de plácida luna, divierte sus penas, escuchando los gorgoros del ruiseñor, voz de los bosques, semejante al eco de una oración. En el éter de la tibia luz se baña el alma como en el aroma de las flores la blanca mariposa.

Eugenia padece: la felicidad ha huido del horizonte de su alma. Que mucho, pues, que pálida y triste, demudado el semblante, caidos los brazos, inclinándose sobre el pecho la cabeza, traiga á las mientes los días que no son, que no volverán á ser; días de plácida ventura, cuyo recuerdo emponzoña el alma, y llena de amargos desvarios el corazón.

Todo está silencioso. Los árboles suspiran heridos por la brisa como el corazón de Eugenia herido por el desamor. Parece que naturaleza duerme en brazos de la noche. Así el mas ligero ruido se oye á larga distancia. Sin embargo, la joven, embebida en su pensamiento, no oye los pasos de Eusebio, que desalentado se dirige á su encuentro.

—¿Tú aquí? dice la joven, sin manifestar ni sentimiento, ni extrañeza.

—¿Te pesa de mi venida?

—No. Hace tiempo que nada siento. Ni el placer, ni el dolor, tienen eco en mi alma.

—Pláceme tu romanticismo. Créeste ya curada de espantos.

—El dolor solo se cura con la muerte.

—Y con el olvido.

—¡El olvido! ¿Es dable olvidar, es posible?

—Es fácil.

—Para el ingrato.

—Tal es por naturaleza el hombre.

—No la mujer.

—La mujer es el hombre echado á perder, y de consiguiente es mas ingrata, si cabe.

—Abandonarme... abandonarme. Y yo le amaba con todo mi corazón.

—No te duela: que no ha de faltarte amor.

—Un alma como su alma no existe en el mundo.

—Si tal. Todas son hechuras de Dios.

—Aquellas sus palabras caian en mi corazón como el rocío en la flor.

—No te apures. Yo sé de memoria novelas sentimentales, y he de recitarte algunas páginas para que no echés de menos á Ernesto.

—Le dí vida, y me robó el alma, decía Eugenia, sollozando.

—No hay duda que le cupo en suerte á tal hombre variar tu naturaleza. Mas... hay un placer que no has saboreado, un placer que no tiene límites...

—¿Un placer!

—¿Qué placer?

—La venganza.

—Oh... no, no... Eso es horrible. No cabe en mi corazón que le ama tanto.

—Mira, Eugenia. Hagamos la autopsia del amor. Ya que tan dada eres á filosofía, examinemos esa pasión.

—Es aire, de que respira el alma, luz que la alumbraba. Sin amor la vida se agota, y el corazón está envuelto en tinieblas.

—Esas palabras no son otra cosa sino generalidades que nada significan. ¿No consiste amor en armonizar dos naturalezas, en unir dos almas?

—Si.

—¿Hay armonía mas verdadera que el dolor, ni lazo mas fuerte que la desgracia?